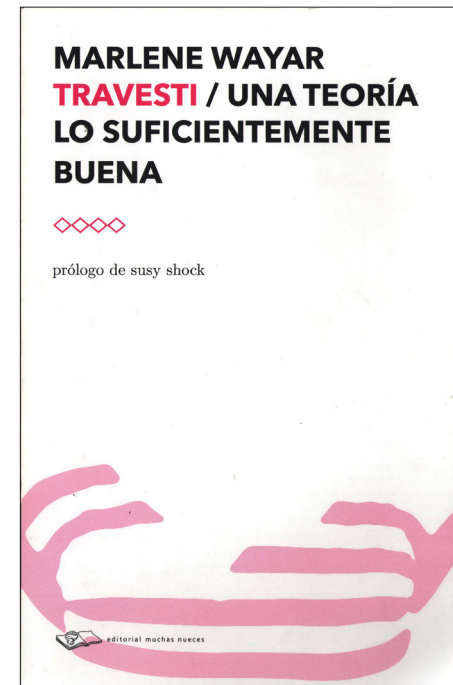


## reseñas

### Quando “teoría” se escribe con T de trans

MATÍAS SOICH

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y  
TÉCNICAS - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



Reseña de Wayar, Marlene,  
*Travesti. Una teoría lo  
suficientemente buena*, Buenos  
Aires, Muchas Nueces, 2018,  
128 pp.

Recibida el 15 de abril de 2019 –  
Aceptada el 20 de mayo de 2019

Gracias a su organización como colectivo social, político y cultural, las personas trans –término genérico que refiere a las personas cuya identidad de género no coincide con la que les fue asignada al nacer: travestis, transexuales, mujeres trans, hombres trans, transgéneros, entre otrxs– han ganado, en Argentina, una visibilidad creciente durante los últimos treinta años. Se trata de una historia de avances y retrocesos, con muchos hitos significativos que sería imposible resumir aquí. Desde el surgimiento de las primeras organizaciones travestis en la década de 1990 hasta la sanción de la Ley Nacional de Identidad de Género en 2012 y la Ley Bonaerense de Cupo Laboral Trans en 2015, pasando por la derogación de los edictos policiales que criminalizaban las identidades trans y la creación del Bachillerato Popular Trans Mocha Celis, este colectivo logró instalar socialmente la cuestión de la identidad de género como un frente de batalla contra la discriminación y la exclusión, un territorio de reclamos y conquistas; pero también, a la vez, como un campo fértil para el cuestionamiento de las normas establecidas, la crítica de los modos de subjetivación y de las múltiples opresiones al interior del sistema capitalista.

A medida que se organizó en diversas agrupaciones y movimientos para reclamar por sus derechos, el colectivo trans argentino fue cuestionando las mismas palabras y saberes que circulaban sobre él, generando progresivamente la conciencia de que era imperioso salir del lugar de objetos para pasar a ser sujetxs de conocimiento, productorxs y difusorxs de sus propias voces y conceptos. La producción teórica trans en nuestro país –uno de cuyos últimos logros es la creación de la Cátedra Libre de Estudios Trans en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, coordinada por Mauro Ca-



bral y Blas Radi— tiene como momento fundacional la publicación del libro *La gesta del nombre propio. Informe sobre la situación de la comunidad travesti en Argentina*, coordinado por Lohana Berkins y Josefina Fernández (Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2005), seguido de *Cumbia, copeteo y lágrimas. Informe nacional sobre*

*la situación de las travestis, transexuales y transgéneros*, compilado por Lohana Berkins (Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2007) y de *El Teje. Primer periódico travesti latinoamericano*, dirigido por Marlene Wayar (Buenos Aires, Centro Cultural Ricardo Rojas, 2007-2010). A partir de allí, las publicaciones se sucedieron a un

ritmo constante, acelerándose en los últimos años. Por traer sólo algunos ejemplos, podemos mencionar entre otros los libros *Mi recordatorio. Autobiografía de Malva*, de Malva Solís (Buenos Aires, Libros del Rojas, 2010); *Poemario transpirado*, de Susy Shock (Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2011); *Batido de troló*, de Naty Menstrual (Buenos Aires, Milena Caserola, 2012); *Yo nena, yo princesa. Luana, la niña que eligió su propio nombre*, de Gabriela Mansilla (Los Polvorines, UNGS, 2014); *La revolución de las mariposas. A diez años de La Gesta del Nombre Propio*, del Ministerio Público de la Defensa y el Bachillerato Mocha Celis (Buenos Aires, MPD, 2017); *Crianzas*, de Susy Shock (Buenos Aires, Muchas Nueces, 2018); *Travar el saber*, compilado por Juliana Martínez y Salvador Vidal-Ortiz (La Plata, UNLP, 2018); *Travestis, mujeres transexuales y tribunales: hacer justicia en la CABA*, coordinado por Blas Radi y Mario Pecheny (Buenos Aires, Jusbaire, 2018); y *Las malas*, de Camila Sosa Villada (Buenos Aires, Tusquets, 2019).

Títulos como estos, pertenecientes a géneros que abarcan desde la poesía hasta el ensayo y el artículo académico, apuntalan el surgimiento de la producción teórica trans argentina. Recientemente publicado por la editorial independiente Muchas Nueces, *Travesti. Una teoría lo suficientemente buena* es un nuevo e importante mojón en esta historia, ya que tematiza explícitamente la reflexión y los saberes conquistados durante décadas de lucha bajo el nombre de *teoría travesti-trans sudamericana*. Mediante ese nombre, el libro reclama algo históricamente negado a este colectivo: la facultad de crear conceptos sobre sí mismo y sobre el mundo. Su autora, Marlene Wayar, es una de las voces más reconocidas y potentes del travestismo en Argentina y Latinoamérica. Oriunda de Córdoba capital, estudió Psicología Social

en la Universidad de Madres de Plaza de Mayo, formándose también en Pedagogía, Cerámica y Artística. Activista travesti por los derechos humanos, fundó la Cooperativa Textil “Nadia Echazú”, es co-fundadora de la Red Trans de Latinoamérica y el Caribe “Silvia Rivera” y fue una de lxs protagonistas de la lucha por la Ley de Identidad de Género. Como ya se dijo, dirigió el primer periódico travesti latinoamericano, *El Teje*; además, colabora como redactora en el suplemento SOY del diario Página/12.

Antes de describir la organización del libro y sus contenidos, es importante destacar que está conformado en gran parte por entrevistas y conversaciones entre Wayar, otrxs activistas y periodistas. Como veremos enseguida, allí se insiste reiteradas veces en la importancia de lo comunitario como fuente y trama de nuevas subjetividades y saberes. Por ello, el hecho de ser un texto mayormente dialogado hace que, en este caso, la forma de la expresión y su contenido felizmente coincidan. Por la misma razón, también, es imposible “resumir” el contenido: a lo largo de las páginas, el diálogo va desprendiendo ideas y problematizaciones a un ritmo incesante, que puede descolocar a quien encare la lectura buscando prolijos y prudentes silogismos. Esto no es casualidad, pues la teoría travesti-trans cuestiona, justamente, las delimitaciones rígidas del saber y de los géneros discursivos, proponiendo, por un lado, que también el diálogo, la poesía, las experiencias de lucha y de sobrevivencia pueden ser por derecho propio generadoras de teoría; así como también, por otro lado, que la teoría no siempre puede ni debe ser aséptica, sosegada o complaciente.

El libro se compone de un breve prólogo, cuatro capítulos y un anexo. El prólogo,

a cargo de Susy Shock –escritora, cantante, compositora y performer, otro gran nombre de la comunidad trans argentina–, plantea la necesidad de que la teoría travesti-trans sudamericana, lejos de conformarse con el reconocimiento y la inclusión de una minoría en moldes legales y culturales que históricamente la han excluido, sea un cuestionamiento radicalmente crítico de esos moldes. Es decir, se posiciona en las antípodas de una postura liberal y/o asimilacionista respecto de las hoy llamadas disidencias sexuales: “[...] esa también es y deberá ser la osadía traba trans: no suponer que porque estemos en el fondo de todos los tachos, en el fondo de todas las repartijas, en el fondo de todas las agendas, no podemos exigirlo y merecerlo todo” (p. 14).

El primer capítulo, “Palabras de fuego. Teoría travesti-trans sudamericana”, comienza desarrollando el título del libro. Este alude a la teoría psicoanalítica de Winnicott y su concepto de “una mamá lo suficientemente buena” como aquella que, al generar en lxs niñxs la ilusión de formar una unidad con ella, les permite al mismo tiempo tomar conciencia, a través del desencanto paulatino, de su dependencia con el mundo. Desde esta referencia, el libro se plantea como *una teoría lo suficientemente buena* en varios sentidos. En primer lugar, como lo suficientemente buena para incitar una “transformación antropológica que nos devuelva autonomía, que nos devuelva la desconfianza necesaria para una crianza con amor responsable, lejos de toda banalidad” (p. 17). En segundo lugar, como lo suficientemente buena para promover, en el marco de esa transformación antropológica, la creación de subjetividades caracterizadas por su empatía con la otredad. Finalmente, “suficientemente buena” implica también una reevaluación honesta de los resultados

obtenidos hasta el momento por las prácticas sociales y estatales y la valentía necesaria para cambiarlas, ante la certeza de que ningún individuo puede desentenderse de su pertenencia a un Estado y una sociedad que discriminan, excluyen y matan.

Si el título del libro alude a una teoría sobre la *infancia*, es precisamente porque ésta es considerada por la autora como un espacio y un momento vital para el diagnóstico y la reevaluación de las formas subjetivas sobre las cuales operan múltiples opresiones. La importancia de esta etapa radica en su potencial para construir lo que Wayar, componiendo las palabras “nosotrxs” y “otredad”, denomina *nostredad*: se trata de una forma de (inter)subjetividad que no se define a partir de la oposición binaria entre la Identidad de un Yo y la Alteridad de un Otro, sino de una tercera posibilidad, en la que las identificaciones, las experiencias en común, la empatía mutua y los encuentros son priorizados por sobre las diferencias en sentido oposicional. No es cuestión de negar la identidad o la otredad como instancias de conformación de la subjetividad sino, por el contrario, de conjugarlas políticamente de otra manera.

De esta posición sobre el juego entre subjetividad, identidad y otredad se desprenden varias consecuencias teóricas y prácticas que se plasman en la densa trama de este breve capítulo. La primera tiene que ver con la marcada perspectiva social desde la que se encara el análisis: lo “micro” ya no será el individuo, sino directamente lo grupal. En segundo lugar, afirmar la *nostredad* como posibilidad de construcción de la subjetividad implica asumir el carácter procesual de dicha construcción, corriendo así el foco de las categorías identitarias establecidas. “No les voy a explicar qué es «travesti/transsexual» y la larga nomenclatura «T» y/o «lo queer». [...] No interesaría en la experiencia

travesti QUÉ soy y cerrarlo en algún momento; más bien que voy siendo hoy la mejor versión de mí” (p. 24). De allí se sigue, en tercer lugar, una valorización del “no” por sobre el “sí”, en tanto la transformación antropológica propuesta por Wayar se apoya menos en la identificación con ciertas categorías que en la des-identificación respecto de otras. “No es tan necesario afirmar si soy travesti, transgénero, transexual o género no binario; sí interesa qué NO SOY: no soy fundamentalista religioso/a, genocida, ladrón/a, asesino/a, violento/a, torturador/a, cruel, terrorista, etc. [...] El NO nos define tanto o más que el SÍ. ¿Qué sería de la figura si no existiera el fondo?” (pp. 24-25). Ahora bien, de esto no se pasa, como podría pensarse, a una condena generalizada de toda identificación por la positiva –y este es el cuarto punto. Por el contrario, Wayar se opone a las propuestas de des-identificación absoluta, para las cuales toda categoría sería por sí misma restrictiva, y sostiene que esa postura también colabora con la opresión. Finalmente, la noción de *nostredad* sirve para denunciar las acciones y efectos del sistema binario como “realidad sistémica heterocentrada hombre-mujer” (p. 25), especialmente sobre las niñeces, territorios cuyo potencial constitutivo se ve tempranamente devastado por la clausura impuesta en nombre de esa realidad sistémica. Aquí, Wayar hace la propuesta más provocadora e interesante del capítulo, al reclamar la asunción de funciones parentales nada menos que por parte del Estado: “El Estado debe tener como eje estructurante las funciones paterno-maternales incorporadas en términos estrictos de responsabilidad que marquen el sentido de sus acciones” (p. 26). Se trata de un reclamo provocador si se considera que, al interior de las disidencias sexuales, es frecuente encontrar un rechazo en bloque y por adelantado de cualquier forma-

ción “vertical” o “macro”, entre las cuales el Estado suele ocupar el primer lugar.

El segundo capítulo, “El arte de re-sentir. Puentes transfronterizos entre lo oral y lo escrito”, consiste en una entrevista entre Wayar y la chilena Claudia Rodríguez –escritora, trabajadora social y, en sus palabras, *activista travesti pobre y resentida*. Realizada por la Colectiva Lohana Berkins entre 2016 y 2017, una versión audiovisual de parte de esta entrevista puede verse en YouTube con el título “Hacia una Teoría y Poética Trava Trans Sudaka” (última consulta: 28/08/2019). La conversación publicada en *Travesti*, más extensa, alterna entre la lectura de intensos y contundentes textos de Rodríguez y la conversación con Wayar, enhebrando diversos temas con el hilo de la pregunta sobre cuál es, o debe ser, el aporte de la teoría travesti-trans sudamericana. Una primera constatación compartida es la extrañeza de no poder reconocerse ni siquiera en la historia del propio territorio latinoamericano, cuando las primeras voces trans deben ser buscadas a través del relato de los conquistadores. La noción de que “la historia la escriben los que ganan” sobrevuela este momento de la conversación, abriendo la puerta a la pasión a la que alude el título del capítulo: el *resentimiento* y, con él, la tristeza, la rabia y el deseo de venganza. Pasiones tristes todas ellas, que sin embargo el pensar travesti-trans resignifica interpelando los lugares consagrados del saber. “A mí lo que me desespera de todo este cuento es que me siento demasiado tonta como para poder elaborar mi rabia. [...] Me siento tan tonta de no poder elaborar mejor eso y me siento tonta porque no soy filósofa, no soy socióloga, no soy antropóloga; soy solamente una resentida que siente cosas, ¿ya?” (p. 31). La teoría travesti-trans surge, precisa-

mente, de la necesidad profunda de resignificar, de revivir, de re-sentir críticamente a partir de privaciones y violencias sufridas desde la más tierna infancia, para volver esos sentimientos y esos pensamientos contra el sistema mismo. “Pero yo tengo tanta rabia y tanta necesidad de venganza, de venganza en términos de poder elaborar esa hediondez que tengo dentro” (*Ibidem*). Concebida como sublimación por la rabia, esta venganza se sitúa en el polo opuesto de la destrucción por el odio. El aporte travesti se plantea pues como un develamiento rabioso de la mentira, una venganza a través de la palabra negada.

Las infancias trans, puestas en foco ya en el primer capítulo, reaparecen entonces como un no-lugar, un espacio de experiencias violentadas por los mandatos sociales en torno al género. Esto se expresa claramente en un fragmento de la obra teatral de Rodríguez, *Cuerpos para odiar*: “Antes, para mí, la infancia no existió. En mí cada instante era presente sin un antes ni un después hasta que en la escuela me gritaron «¡Tereso!», «¡Colipato!», «¡Maricón!»” (pp. 32-33). La noción de nostredad resuena aquí por la negativa, en esas heridas tempranas que marcan a fuego la subjetividad infante trans, al cercenar ese encuentro con lxs otrxs que permite abrir la subjetividad a sus propias y singulares posibilidades. Poner en palabras ese dolor, y hacerlo con intimidad, aparece como otro aporte específico de la teoría travesti-trans, que de ese modo abre la puerta para permitir hablar también a otrxs. En esta charla, las experiencias de dolor y discriminación son repasadas explicitando además su carácter interseccional. Por ejemplo, la intersección de la identidad de género con la clase social. Dice Rodríguez: “En mi país [Chile], nuestros problemas, todas las necesidades de la comunidad travesti, son

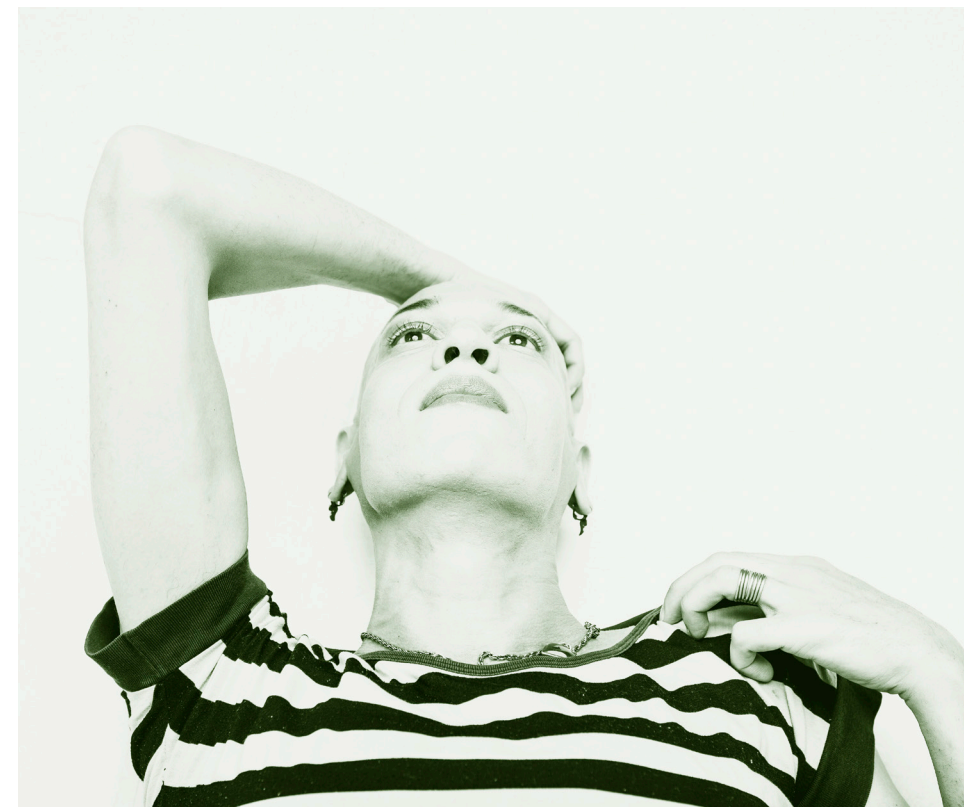
problemas de clase, de la lucha de clase, de salud, de vivienda, de estudio; todo corresponde a las demandas de la lucha de clase. Pero, incluso esos trabajadores, esos obreros, esas personas que se reconocen como una fuerza laboral, a nosotras nos excluyen como si no tuviéramos fuerza laboral” (p. 38). El enfoque interseccional permite mostrar las aristas más incómodas de un pensar necesariamente situado: “Yo me di cuenta de que [como travesti] nunca tuve problemas con los ricos porque nunca tuve contacto con ningún rico. Mi problema son los pobres” (p. 42).

A la vez, en relación con la comunidad travesti-trans, se diagnostica el efecto de una doble pobreza: por un lado, la pobreza de modelos culturales identitarios por fuera de la norma binaria y heterosexual; y por el otro, la pobreza estructural que, como consecuencia de la exclusión sufrida por este colectivo, obliga a postergar tempranamente todo sueño. “Yo estaba estudiando, junto con mi escuela secundaria, el profesorado de cerámica, y me di cuenta, terminando mis estudios, que no iba a ser otra cosa que travesti. ¿Quién me traería niños para que yo fuera su maestra de cerámica?” (p. 39). La teoría travesti-trans será pensada, entonces, como una apertura a una ética de la diferencia y del encuentro que desarticule las categorías identitarias, incluso la propia categoría de lo *trans*, redefinida por Wayar en términos más ligados a lo ético-político que a la identidad de género: “Es trans aquella persona que no se conforma, que es capaz de perder privilegios por estar en ese otro lugar” (p. 43). Este enfoque pone de relieve que, si la comunidad trans tiene mucho para decir sobre la construcción de la propia identidad, no es por una sabiduría esencial e innata, sino por haber experimentado, desde la infancia y más crudamente que otros grupos sociales, los

efectos y afectos de una normalización compulsiva ejercida, justamente, a partir de y sobre la identidad. En relación con esto, no es casual que, tanto en el capítulo anterior como en la versión audiovisual de esta charla, Wayar ponga bajo la lupa a aquellas militancias que deslegitiman ciertas voces y limitan los encuentros posibles en base a la (no) posesión de determinados rasgos identitarios.

El tercer capítulo, “Rituales dialogados. Herramientas para una era post-alfabética. Clase con Susy Shock en MU”, transcribe una entrevista coordinada por el periodista Sergio Ciancaglini en 2017, en el marco de la Cátedra Autónoma de Comu-

nicación Social de la Cooperativa Lavaca. El diálogo entre Wayar, Shock, Ciancaglini y el público recorre diversos temas en torno a la cuestión de la comunicación. A riesgo de esquematizar un intercambio que apuesta a lo fluido del discurso, podríamos decir que este capítulo contiene tanto un diagnóstico como una propuesta de acción, en la que lo trans juega un rol importante como concepto teórico-vivencial. En lo que hace al diagnóstico, Wayar y Shock trabajan especialmente la idea de la heterosexualidad como régimen político civilizatorio (aquí el texto resuena con “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana” de Adrienne Rich, publicado en 1980). Este régimen, nos dicen Wayar y Shock, ha fracasado histó-



rica y estrepitosamente en estas tierras, en tanto es producto de una imposición violenta llevada a cabo por la colonización española sobre un territorio cuyas poblaciones no se concebían a sí mismas como "heterosexuales" (p. 60). Una clave del fracaso ético de la heterosexualidad como régimen –y a la vez, de su sostenimiento fáctico en el tiempo– reside en la falta de cuestionamiento sobre él y su resultante naturalización. En ese sentido, la comunicación aparece como un ámbito de gran responsabilidad. "Creo que la comunicación, todos los días, lo que hace es construir más heterosexualidad. Y ese es el gran crimen, naturalizar algo desde ese lado. [...] Los grandes medios hegemónicos, que naturalizan la inclusión de lo homosexual o lo traba como «diverso», no se permiten el hueco de repensar la heterosexualidad como algo a deconstruir" (p. 59). En cambio, los grandes medios transmiten una idea aplanada de la *diversidad* como una serie de compartimentos bien delimitados, en función de los cuales el mundo heterosexual regula la inclusión de "los otros". Pero la diversidad es, en verdad, un concepto "mucho más trascendental" que remite a "todos esos sueños que ustedes abrazaron, aplastados, empobrecidos, pauperizados, expropiados" por un régimen que deslegitima todo aquello que rompe con el esquema binario (p. 67). La cuestión de la infancia como el espacio por excelencia que proyecta una multiplicidad de posibilidades de vida vuelve entonces a insistir, en tanto se torna imperioso pensar la manera en que el régimen heterosexual opera sobre ella. "Somos niños expulsados de hogares heterosexuales. O sea: la traba no es un hongo que aparece a los 18, parada en la esquina en la zona roja y empiezan ahí las discusiones sobre si está bien, si está mal y todo eso. Son niños expulsados y ahí es donde me pa-

rece gigante interpelar a esta hegemonía. [...] Ese crimen lo comete esa hegemonía. Las familias son heterosexuales" (p. 66). Frente a esto, Wayar y Shock proponen correr el foco: el objetivo del pensamiento travesti-trans no es tanto hablar sobre las personas trans como interpelar a todxs lxs miembros del sistema heterosexual, a fin de que comprendan no sólo la exclusión sino, por sobre todo, la responsabilidad ética que les cabe de cuestionar ese sistema y apartarse de él. En este sentido, lxs dialogantes dejan en claro que la normalización heterocentrada no es un problema "de" las infancias trans, sino "de ustedes. Del bajón que construyen para que una infancia crezca desolada" (p. 70).

Ante este diagnóstico, ¿qué hacer? El arte, comprendido no sólo literalmente sino como posibilidad de una práctica de vida que cree nuevos mundos, es planteado como una salida: "comprender y poner arte en lo que una hace" (p. 78). Unx médicx que atiende a sus pacientes velando por su dignidad y escuchando su situación, unx maestrx que da lugar al juego y al pensamiento por fuera de la norma dominante –la hermosa historia de Susy Shock con la señorita Dolores y el "otro cuaderno"–, unx comunicadorx que busca impactar sin exponer; son algunos ejemplos de ese arte cotidiano que es la resistencia creativa. Como en el primer capítulo, también acá se enfatiza el "no" como herramienta de construcción política, a partir de la des-identificación respecto de las formas funcionales a la opresión. "¿Por qué me interesa tanto, por qué luchamos tanto por qué soy? No importa lo que yo sea. A ustedes no les importa lo que yo sea en términos taxativos. En esta mesa, si esta es una mesa política, a ustedes les interesa mucho qué NO soy. [...] Me des-identifico de esa familia. Y es, NO soy

Videla, les juro que NO soy Macri, les aseguro que NO soy Mirtha Legrand" (p. 69).

Ahora bien, ¿qué sucede cuando la des-identificación no es tan sencilla, cuando ciertos fragmentos de identidades que llevamos con nosotrxs nos hacen entrar inevitablemente en contradicción al ponernos del lado del opresor? Aquí, Wayar cuestiona una posición frecuente en las disidencias sexuales contemporáneas: la de impugnar el debate con quienes se acercan a esas disidencias desde un interés genuino, pero pertenecen, de una u otra manera, a una identidad considerada dominante. "Me asusta esa otra posición censora que cierra el diálogo cuando esa otredad se acerca desde la empatía. [...] me asusta la parálisis en tanto es una posición política, tramposamente planteada desde las masculinidades trans (muchas veces). Entonces vos no hables, vos varón cis, blanco, titulado, no hables, vos no hables por mí, vos, privilegiado, callate, y eso lo paraliza todo, no a él. Nos paraliza a todos no poder pensarnos, quedarnos sin el diálogo. Si no, entonces, yo tendría que hablar de «travestidad» y no puedo hablar y opinar de lo transgénero, de los pueblos originarios, del zapatismo" (pp. 85-86). En este sentido, también el trabajo académico puede y debe tener su arte. Si la tarea de investigar y elaborar conocimiento sobre los grupos oprimidos finaliza con la redacción de un artículo o una tesis, queda reducida a una extracción desigual de conocimientos. Se trata, por lo tanto, de pensar lo académico más allá de ese aspecto, integrando la escucha, la transformación mutua de los saberes que se ponen en juego en cada encuentro, y la devolución de aquello que se elabora a la comunidad. "Mínimo, llevarle la tesis y «Mirá: esto es lo que pensé a partir de...», y me siento a leerla al lado tuyo porque vos no te vas a poner a leer una tesis, porque no sabés, porque

no tenés el ejercicio, porque no tenés el interés, porque no te llega, porque recién en las conclusiones va a decir... Entonces, te sentás, devolvés, hacés algo, no termina donde pensamos que termina nuestra labor" (p. 79). La misma propuesta vale para el ámbito estatal, donde el movimiento siempre debe ser doble: ante el encuadramiento burocrático de la multiplicidad, habilitar preguntas que permitan que, de todos modos, aflore la singularidad de cada unx. "El estado llega con cosas cuadradas, o en todo caso rectangulares, donde distribuye preguntas... ¿Y qué ponemos? ¿«Trans», «intersexuales»? ¿Hasta dónde ponemos la línea? Lo que hay que hacer es capacitar a la gente en la pregunta. Cuando llega: «Hola, ¿cómo te llamo? Hola, ¿cuál es tu identidad?» Después, «¿Te hiciste el cambio de DNI o no?» Pero te miro a los ojos y sé quién sos" (p. 89).

Si este libro es un libro de teoría travesti, es precisamente porque *lo traba* y *lo trans* se articulan no sólo como categorías identitarias, sino como conceptos-acciones. A diferencia de lo que ocurre en otras partes de Latinoamérica, en Argentina el travestismo es reafirmado como una identidad política singular –uno de los tantos legados de Lohana Berkins–, entroncada con "ese cuerpo político en la calle" que supo sostener, por ejemplo, el también singularmente argentino enjuiciamiento de los militares de la última dictadura. Por su parte, *lo trans* es planteado, novedosamente, como una dislocación de los lugares binarios, sea cual sea la identidad de género que se construya. Así, según Wayar, una pareja heterosexual cisgénero (es decir, que no es trans) que, con sus prácticas, desafía la distribución patriarcal de las tareas hogareñas, la toma de decisiones y la crianza, tendrá también algo de trans, en tanto rompe con los constructos simbólicos y materiales del



Hombre y la Mujer. A estas subjetividades se las denomina también "héteros en fuga", ya que emprender una fuga del sistema no es algo exclusivo de lxs oprimidxs de siempre; por el contrario, es necesario e imperioso que todxs –especialmente lxs heterosexuales– lo hagan. Se trata, una vez más, de la des-identificación respecto de las posiciones, los saberes y las prácticas que sostienen la opresión, esa potencia del "no" que retumba en la afamada frase de Susy Shock: "No queremos ser más esta humanidad".

El capítulo cuatro, "Sin eufemismos. Palabras vivas y vividas para una descolonización", reproduce una entrevista hecha a Wayar en 2017 por la periodista Claudia Acuña. El título ciertamente da la clave del texto, donde la palabra se vuelve especialmente cruda para nombrar sin concesiones todo lo que anda mal y, también, todo lo que puede hacerse frente a eso. Aquello que es dicho sin eufemismos es, por sobre todo, el cuerpo. En primer lugar, los cuerpos travestis, trans y feminizados como un territorio sobre el cual recaen incesantemente las peores vejaciones, las violaciones y los crímenes de odio. "Es sin eufemismos, porque todos nuestros crímenes son bien sucios, empaladas, atadas con alambre, quemadas con cigarrillos, llenas de semen por el culo y la boca. Es eso. [...] Con esa realidad quiero que la gente escuche" (pp. 95-96). También sin eufemismos se dice la centralidad del cuerpo en la política. Por un lado, en una política de sujeción, que viola, tortura y mata a esos cuerpos para conquistarlos, sembrando el miedo a la posibilidad constante de una muerte imprevista y dolorosa. Wayar lo denomina una "pedagogía del «estate-quieta»" (p. 96). Pero, por otro lado, la centralidad del cuerpo en la política es también la de la resis-

tencia desde las armas y recursos que da la experiencia corporal travesti-trans. Así, por ejemplo, al mandato de estarse-quietas se responde reafirmando lo travesti como un lugar de poder que no reniega de lo fálico, sino que lo redirige. "Soy claramente política, y si voy a discutir, me paro claramente en el lugar del poder y quiero que sepas que tengo un falo. Quiero que sepas que ser travesti no sólo es una categoría de diccionario sino que implica que preservo mi falo mental. Quiero ejercer el derecho de puja política sobre para dónde va el sentido de construcción de esta sociedad" (p. 97).

El ejercicio de la prostitución –única salida laboral para un ochenta por ciento de la población travesti-trans en Argentina– aparece como otro recurso de resistencia ligado a la corporalidad. En este caso se trata de un poder clínico, de diagnóstico. "El ejercicio de la prostitución nos da esa clínica que ningún psicólogo ni psiquiatra ni nadie de la ciencia tiene, que es estar en pelotas actuando con el otro de una manera absolutamente real. Ahí no hay eufemismos. El otro te pide que vos actúes pero es el director y todo se le pasa por la cabeza. Y ahí ves qué tiene en la cabeza. Siempre terminan siendo niños pobres de abrazos" (pp. 101-102). El diagnóstico de *pobreza de abrazos* reconduce nuevamente a la cuestión de la infancia, ese sitio de posibilidades reprimidas por el sistema binario, heterosexual, patriarcal y capitalista. Este sistema disocia la palabra del cuerpo, siembra tristeza y muerte, devasta las subjetividades. La salida que Wayar propone para resistir a sus horrores pasa por construir una comunicación directa, una implicación profunda con lxs otrxs, a través de una empatía que permita hacer resonar esa otredad negada y violentada en la propia

subjetividad. Una comunicación donde la palabra esté respaldada por el cuerpo, en el seno de una comunidad afectiva signada por la intimidad de la cercanía. Para ello, Wayar distingue entre una ética del adentro, ligada a la construcción de un espacio de *convivencia*, y una ética del afuera, ligada al espacio más grande de la *coexistencia*, donde estamos obligadxs a coexistir con aquellos que nos oprimen –y que constituye, por eso mismo, el espacio de la disputa política. Ante la deshumanización imperante en este espacio, Wayar nos exhorta una vez más a volver al cuerpo, a aprender de él a digerir y excretar –sin eufemismos, a cagar– el odio, depurar el veneno para poder producir los encuentros necesarios. La des-identificación como potencia del “no” se combina, aquí, con la identificación honesta como arma de denuncia. “No te voy a decir nunca que sos un puto o una puta porque cuando insultamos mal no estamos insultando. El insulto es lo que él es. Si sos un genocida, es «Sos un genocida y sos un criminal [...]» [L]o más grave es no decir lo que es” (p. 107). La cuestión de los derechos humanos también es tratada sin eufemismos, al señalar que su defensa no puede reducirse a una manifestación “culturosa”, sino que deben estar en la calle, en lo cotidiano. El concepto de derechos humanos es apropiado por esta teoría travesti a partir de la idea de *dignidad humana*, intrínseca e irrenunciable, que brinda la “tremenda posibilidad de plantarme frente a un todo que me permite empatizar con cualquier situación” (p. 100).

El libro se cierra con el anexo “Gritazos. Romper el paradigma hetero-winka-patriarcal”, que reúne dos textos. El primero,

titulado “Nuestros porqués”, es un manifiesto redactado por Wayar convocando a la Vigilia Trans en Plaza de Mayo, el jueves 17 de agosto de 2017. En esa ocasión, las travestis acompañaron a las Madres de Plaza de Mayo en su ronda habitual y luego se quedaron en la Vigilia Trans por Ayelén Gómez, estudiante del Bachillerato Mocha Celis, brutalmente asesinada tras regresar a su Tucumán natal. Desde el hartazgo y el des-poder, el texto convoca a un abrazo colectivo de los cuerpos travestis y de otros cuerpos “capaces de empatizar con nuestros cuerpos travas” (p. 111). El segundo texto, “Habeas corpus”, es una entrevista a Wayar publicada en la revista MU en julio de 2009; por lo tanto, es a la vez el texto que cierra el libro y el primero cronológicamente. Este emplazamiento no parece casual, ya que allí se plantean temas y posiciones que, como muestran los cuatro capítulos precedentes, continuaron siendo trabajados durante los nueve años que siguieron a esa entrevista. Entre esos temas, se destaca el recorrido por el cual el movimiento travesti-trans partió de una batalla política por la existencia para generar un pensamiento cuestionador, no sólo de la sexualidad y la identidad, sino del sistema político y social que las enmarca bajo la forma de la opresión: “Lo trans como identidad tiene que ver con ponerse a pensar la hegemonía como sistema” (p. 116). Esta impronta se muestra, por ejemplo, en la reflexión sobre la prostitución, que es señalada como una “respuesta integral pésima” socialmente impuesta a este colectivo, pero también, a la vez, como una fuente de enseñanzas para la vida política. “Me parece que la performativización de pararse en la esquina nos sirvió también para pararnos en la escena política. Esa operación, que consiste en agarrar lo crudo y volverlo arte,

sin amenazar, pero sin atenuar” (p. 120). La visibilización del colectivo trans como estrategia política tuvo, para Wayar, un efecto de sinceramiento sobre el carácter performativo de la sexualidad y la identidad de género, así como también sobre la normatividad y el poder que se esconden detrás de lo pretendidamente “natural”. Allí está el caso de las mujeres cisgénero que toman hormonas, que muestra que también para ellas la identidad de género “está siendo construida, sólo que parece más natural porque es una construcción biomédica, sostenida desde lo hegemónico. La diferencia es que a ella las hormonas se las da un médico que está construyendo tanto su feminidad como yo” (p. 122). El derrotero de este razonamiento muestra, nuevamente, cómo el pensamiento travesti-trans va de la cuestión de la identidad al cuestionamiento de una distribución del poder. El alcance político del concepto de identidad marca el último párrafo del libro, que concluye con una invitación a des-identificarse de lo preestablecido para construir nuevas identidades en red, para las cuales “la conquista de la autonomía no sea sinónimo de soledad, tal como lo fue hasta ahora” (p. 124).

Publicado en una coyuntura de miseria planificada y de angustia comunitaria, *Travesti. Una teoría lo suficientemente buena* es un libro literalmente bien-venido. Nacido de algunas de las voces más emblemáticas de la comunidad travesti-trans argentina, es a la vez un hito en la producción colectiva del conocimiento, un anti-manual de formación política, una despiadada superficie reflectante y una íntima invitación a potenciar y entretejer nuestras fugas en nuevas alianzas (por su diseño, sus tapas desplegadas, sus tonos cálidos, ilustraciones y fotos, es también

un hermoso objeto estético). La filosofía académica ha trajinado largamente en las encrucijadas de la estética, la ética y la política. En este libro, a partir de la noción de *identidad* pero yendo más allá de ella, el pensamiento travesti-trans hace algo más que reclamar y ejercer su derecho a transitar esas encrucijadas: afirma la necesidad y la urgencia de diseccionar nuestras propias huellas.